



Homilía TE Deum on line
Sergio Pérez de Arce
Obispo de Chillán
18 de septiembre de 2020

Este encuentro de oración y este aniversario patrio los celebramos en un contexto social de incertidumbre. Nos acompaña cierta tristeza y un sentimiento de pérdida: pérdida de nuestra movilidad y de muchas actividades habituales, pero más gravemente aún, pérdida de seres queridos, de empleos, de sustento y de seguridad económica. Y estamos viviendo días de incertidumbre frente al futuro, no solo por la pandemia, sino también por acontecimientos sociales y políticos que tenemos por delante. Nos preguntamos, por ejemplo: ¿Cómo se irá a expresar en los próximos meses la llamada crisis o estallido social? ¿Cómo se irá a desarrollar el plebiscito? ¿Hasta cuándo durará esta crisis sanitaria y cuándo podremos retomar cierta normalidad? Hay entre nosotros preocupación y en muchos hay temor. Pero podemos construir caminos de esperanza. Pidamos la fuerza a Dios para hacerlo, y cada uno dispóngase de verdad para contagiar esperanza, actuando con responsabilidad y generosidad en la vida en común.

Hoy día es una ocasión privilegiada para dar gracias a Dios por los dones recibidos como nación. No seamos malagradecidos. La patria es una construcción común en la que muchos aportan, en la que muchos han dado hasta su vida, y nosotros recibimos mucho de los demás. No partimos nunca de cero, vamos saliendo adelante gracias a la generosidad de muchos y la ternura de nuestro Dios. Por eso tengamos en el corazón una oración de gratitud.

Pero hoy también es una buena oportunidad para mirar el país que estamos edificando y los desafíos más urgentes que enfrentamos. ¿Qué necesita Chile de nosotros hoy en día? ¿Cuáles son las tareas más esenciales a enfrentar? ¿Qué llamado nos está haciendo el Señor como pueblo? Creo que el gran desafío es caminar juntos, redescubrir la gracia y el deber de caminar juntos para construir un país de hermanos.

Es bastante evidente, y así lo observan muchos, que hoy nos falta un proyecto común que nos una como país, un sueño colectivo que aúne voluntades, un propósito compartido en torno al cual nos pongamos de acuerdo. Y no es porque el país carezca de desafíos y problemas. Al contrario, son muchos los temas levantados por la ciudadanía y que no se abordan con la urgencia que merecen: la pobreza dura que afecta a tantos chilenos y la precariedad de muchos,

que se ha evidenciado con fuerza en esta pandemia; el tráfico y el consumo de drogas, que inunda vastos sectores de nuestras poblaciones y barrios; la violencia y la delincuencia, que tienen tantas caras que dañan nuestra convivencia. En nuestra Región de Ñuble, esta novel región llena de posibilidades, vemos cordones de pobreza en nuestras ciudades y una pobreza escondida en sectores rurales; tenemos serios problemas en nuestra raíz energética que limitan nuestro desarrollo; los salarios son comparativamente bajos en relación al resto del país, y la mujer está todavía muy atrás en su inclusión a la vida laboral y otras posibilidades de desarrollo. Sí, desafíos no nos faltan, pero no los estamos enfrentando con cohesión social, con sentido de cuerpo y de amistad social, y en esto hay una gran responsabilidad de los dirigentes políticos que, contando con el encargo entregado por la ciudadanía y teniendo el liderazgo que les proporciona su especial misión, se preocupan a menudo más por obtener ventajas inmediatas pero efímeras, que por construir puentes de entendimiento. Es fundamental rescatar el sentido más genuino de la política.

Pero también tenemos una responsabilidad todos los ciudadanos, la grave responsabilidad de edificar lo común y actuar con coherencia. Es legítimo que las personas busquen su propio desarrollo, es legítimo buscar con el propio esfuerzo la realización de los anhelos personales. ¡Quién de nosotros no quiere que cada persona salga adelante y progrese en todos los sentidos! Pero no somos solo individuos, aislado cada uno de los demás, sino personas, seres en relación, llamados a caminar juntos. Eso es lo que nos ha mostrado con nitidez la pandemia, que no nos podemos salvar solos, sino juntos, pero parece que una y otra vez dejamos de aprender la lección.

Estamos próximos a un importante plebiscito. Es una buena oportunidad para reforzar nuestro sentido colectivo, para proyectarnos como una comunidad que aborda sus desafíos más urgentes y establece un marco compartido por dónde caminar. Todo esto será posible si participamos con responsabilidad. Invitamos a votar el próximo 25 de octubre, a vencer comodidades, indolencias y temores, y aportar con nuestra opinión y compromiso a la edificación de la patria. Invitamos, sobre todo, a promover caminos de diálogo, con respeto, sin descalificaciones, sabiendo que la patria se construye en forma compartida, en base a valores esenciales que, estoy seguro, la gran mayoría del país comparte.

Para hacer realidad este desafío de caminar juntos, entre muchos aspectos que necesitamos ahondar, insistimos en los siguientes

- Necesitamos **diálogo**, buscar lo que nos une, buscar el consenso en los grandes temas, teniendo claro que hay que priorizar y respetar el juego democrático. No puede ser nunca solo un consenso de élites, sino uno que nace de la escucha y la participación de un tejido social amplio.

Para favorecer una cultura del encuentro, necesitamos decir un no fuerte a la violencia, que daña nuestra convivencia. Ninguna causa justifica la violencia, que no hace más que favorecer el

avance de posturas autoritarias y desviar el foco de lo que realmente importa. Construyamos puentes y no muros, no levantemos más barreras entre nosotros.

- Necesitamos redoblar el empeño para **“emparejar la cancha”**, para que todos puedan jugar en igualdad de oportunidades en pro de su desarrollo, en comunión con el bienestar de los demás. Falta mucho para instaurar estructuras sociales impregnadas de justicia verdadera y libres de abuso. La gran mayoría del país anhela y lucha desde hace años por esa mayor equidad social, y la economía y la política deben estar decididamente al servicio de esa equidad y del desarrollo integral de las personas y los pueblos. Sólo así los actores políticos y económicos podrán ser confiables y creíbles.

- Y necesitamos, una y otra vez, poner el foco en los más **pobres y vulnerables**. Son muchos los grupos que requieren nuestra atención: los jóvenes que no estudian ni trabajan, y que son presa fácil de la droga y otros peligros que deterioran su vida; los niños que reciben mala educación, que no les da las herramientas para un crecimiento integral; los emigrantes que sufren explotación laboral; las mujeres que sufren violencia y otras postergaciones; tantos ancianos que quedan entregados a su soledad y a medios de subsistencia insuficientes. No nos acostumbremos a la precariedad en la que viven y que amenaza todavía a tantos compatriotas. Ellos son un rostro de un hermano que nos dice: “algo no está bien entre nosotros”; y son el rostro de Cristo, que nos llama a la conversión y la compasión.

La palabra de Dios que hemos escuchado nos invita al amor fraterno, a vivir en armonía y a considerar como propias las necesidades de los demás. Nos propone el camino del bien y del amor como fundamento de toda convivencia y edificación común. Es el amor que no hace mal al prójimo y que tiene pasión por el bien.

Que el Señor Jesús nos de pasión por el bien, no solo por el bien propio, sino también por el bien común, por bien de este país que amamos.

Que la Virgen María, que nos acompaña como verdadera Madre de nuestra patria, nos enseñe los caminos del bien y del amor y nos sostenga con su ternura.